



NACIO PARA OBISPO

I

Once veces había sido expulsado del Seminario Conciliar de Guadalajara, Colina, muchacho travieso como ninguno, que era desde su temprana edad la pesada cruz de su madre, la señora viuda de Colina, quien se veía en su hijo único, y empeñábase con toda su alma en que hiciese carrera literaria, porque, sin que el cariño la cegara, en aquel niño de prodigiosa inventiva para las travesuras, había descubierto buen corazón y clarísimo talento.

Habíasele metido entre ceja y ceja que su hijo sería nada menos que Obispo, y decíalo á todo el mundo con honda convicción.

Muchas veces, debido á los reiterados

ruegos de la anciana, su hijo fué de nuevo admitido en la clase; pero hoy dijole resueltamente el Rector que no habría humano poder que torciera su voluntad; que Colina quedaba definitivamente borrado del número de los seminaristas.

—Nació para Obispo, señor, dijole la viuda llorando.

—Pues quédese la sede vacante, contestó impertérrito su señoría.

La última fechoría del estudiante había sido formar con una almohada y las sábanas de la cama un muñeco y arrojarlo al patio desde los corredores del segundo piso, precisamente cuando pasaba el Rector, quien al ver caer el bulto, no dudando que fuese un alumno del establecimiento, hasta le absolvió "sub conditio" al mirarle tendido á sus pies.

Tocaron á silencio y el Rector subió á toda prisa la escalera para buscar y castigar al culpable, á quien vió dirigirse corriendo á uno de los salones.

Entró y apagó las luces, pero su señoría tuvo tiempo de asirle de un brazo, y antes de que escapársele pudiera, sacó unas tijeras y cortóle un mechón de cabellos cerca de la oreja.

—Mañana arreglaremos cuentas, le dijo; por ahora, á recogerse.

El muchacho, comprendiendo que no

había sido conocido, nada respondió, temeroso de que por la voz le reconocieran, y dirigióse de puntillas á su lecho.

Lo que hacía gravísima la falta, era la circunstancia de encontrarse los seminaristas practicando los ejercicios de San Ignacio, y aunque Colina no pertenecía á los internos, la madre, con mil sacrificios, consiguió la cuota para que su hijo aprovechara aquellos dias de santo retiro.

Cerca de la media noche, cuando comprendió el colegial que sus compañeros dormían, levantóse tijeras en mano, y á todos los alumnos cortóles un mechón de cabellos de cerca de la oreja izquierda.

A la mañana siguiente, cuando el celador, mientras los alumnos se vestían, rezaba con éstos las matutinas preces, entró el Rector y cogió del brazo al primer colegial que vió, fijándose en que le faltaba un mechón de cabellos.

No volvía aún de su sorpresa el alumno, cuando el superior fijóse en otro, y luego en otro; á todos les faltaba un mechón de cabellos.

Comprendió que había sido burlado y mordióse el labio inferior. Este no puede ser otro que Colina, se dijo; y en efecto, en pocos minutos se averiguó que era el autor de aquel desaguizado, pues además

de hallarse las tijeras debajo de la almohada del lecho del colegial, dos de los ejercitantes no estaban tan bien dormidos que no sintiesen al nocturno trasquilador y cuidadosamente observaran el lugar á donde se dirigió después de concluida su tarea. Por último, Colina confesó categóricamente, y como llovía ya sobre mojado, llenó la medida y el Rector expulsóle por la undécima vez.

La aflicción de la viuda fué inmensa y en vano agotó sus ruegos

—No quiero más á Colina en el Colegio, fueron las últimas palabras del Rector.

La perseverante viuda no desistió de su propósito y púsose á cavilar, decidida á hacer hasta milagros, para que su hijo volviese al Seminario.

Por verídicos informes averiguó que el señor Rector era íntimo amigo de un rico Canónigo de muchas campanillas y triunfadora influencia, y decidióse á hablarle.

Llorando refirióle sus penas y todas las diabluras de su hijo, que cayeron muy en gracia al señor Canónigo. No descubriría en ellas un corazón perverso, sino un carácter audaz y una tendencia hábil del conocimiento de la propia aptitud, á discurrir más que sus compañeros.

—Mándeme usted á su hijo, díjole á la viuda; le tendré en mi casa algunos días, y después resolveré á usted si juzgo conveniente que vuelva al Seminario. En tal caso hablaré al Rector.

II

Aseado, aunque pobremente vestido, hablando á gritos por los vivaces ojos y con granjeadora sonrisa, presentóse Colina ante su señoría el Canónigo. Vióle éste de pies á cabeza, y el muchacho se dejó mirar procurando producir la mejor impresión posible.

—Ya sé que eres un diablillo, díjole el Canónigo.

—Sí, señor, repuso el muchacho, aumentando la expresión de su sonrisa.

—Haces sufrir á tu madre.

—La quiero mucho.

—¡Vaya un modo de quererla dándole pesares!

El niño, por única contestación, bajó humildemente los ojos.

—¿Qué, no te gusta estudiar?

—Sí, señor, me gusta mucho. Quiero ser hombre de provecho para mantener á mamá; quiero ser bueno y quiero ser sabio, para servir á Dios y ser útil á todos.

El Canónigo miróle de hito en hito, como escudriñando aquella alma que se sellaba por los ojos, y algo bueno debió de ver en ella, pues la mirada de su señoría iluminóse con la luz del entusiasmo.

—Entra, niño, díjole acariciándole. Allí tienes tu cuarto. Desde hoy vas á vivir una temporada en casa.

Y Colina, saleroso y alegre, entró á su cuarto después de besar la mano de su señoría.

Poco después fué un sastre y tomóle medida para un vestido de paño de primera.

El ex-seminarista jamás había usado traje de tal clase y el día que lo estrenó sintióse otro; instintivamente se irguió y el semblante del chico, que ara muy observado por el Canónigo, adquirió cierta noble gravedad.

—Usa, díjole su protector, este reloj de oro que aprecio mucho por ser un recuerdo de familia. Quiero que lo conserves.

El niño, llorando de gratitud, dió las gracias al señor Canónigo.

—Ahora, repuso éste, voy á mandar enganchar mi coche, para que á mi nombre lleves unos documentos al señor Secretario del Cabildo, y desempeñes algunas otras comisiones.

Colina se inclinó sumiso. El corazón le palpitaba de gozo. ¿Iba él en el coche de su señoría á desempeñar honrosas comisiones? Su protector le tenía ya por todo un hombre.

Complacidísimo quedó su señoría. El ex-colegial hacía á maravilla cuanto se le encomendaba.

III

Quince días después Colina volvía al Seminario, pues lo que no pudo la viuda con sus ruegos y lágrimas, púdolo el Canónigo á la primera insinuación.

Mas ¡cuánto había cambiado el chico! Iba al Seminario elegantemente vestido, y en el coche de su señoría. Serio, pero sin humos de soberbia, procuraba discretamente apartarse de los compañeros de sus travesuras.

Al ver la posición en que se hallaba y que había deseado y aun presentido, creyó indignas de él las chanzas, las burlas y las fechorías que antaño fueron su delicia. Y he allí al colegial completamente transformado y haciendo en el estudio extraordinarios progresos.

Al fin del año, con unánime aprobación fué designado para el acto público del estatuto. Lo mismo sucedió en los úl-

teriores años, y el once veces expulsado alumno llegó á ser prez y gloria del plantel de donde había sido vergonzosamente arrojado.

La conducta de Colina era intachable, por lo que, cuando manifestó su resolución de abrazar el sacerdocio, fué grande la alegría de sus maestros.

Apenas ordenado diósele empleo en la Secretaría del Arzobispado, y su aptitud y benevolencia granjeáronle la estimación de sus superiores.

Docto y virtuoso ascendió rápidamente, y por último, ocupó la silla episcopal de una de las más importantes diócesis de la República.

Cuando recordaba las peripecias de su carrera y de su vida de colegial, solía decir con los ojos humedecidos por las lágrimas:

La perseverancia de mi madre y la penetración de mi protector, me salvaron de los peligros del mundo. ¡Cuánto importa estudiar y comprender el carácter de los niños!